

## LA CORDURA DE ISABEL

### CAPÍTULO I: ISABEL

- ¿Qué tal te encuentras hoy Isabel? ¿Cómo has pasado la noche? –preguntaba el doctor Fernández como cada día, observando fijamente la facción desencajada de su paciente- ¿No crees que ya es hora de empezar a hablar? No has dicho nada desde que llegaste hace tres meses. Tu madre te necesita, dice que eres el único pilar que puede hacer que su vida recobre sentido, necesita que vuelvas a ser tú.

La triste mirada azul de aquella mujer aún reflejaba el terror que tantos días atrás marcara su rostro; ese miedo a continuar viviendo, sabiendo lo que había hecho; ese miedo que había nublado aparentemente su entendimiento y la había alejado de la realidad.

La indumentaria de Isabel consistía en un uniforme color blanco roto con una numeración identificativa en el flanco izquierdo a la altura del pecho, atuendo que todos los “huéspedes” de la Clínica Psiquiátrica Santa Elena debían llevar nada más atravesar el umbral.

Su madre, en un desesperado intento por recobrar alguna parte del espíritu de la antigua Isabel, había decidido internarla debido a los constantes ataques de histeria que sufría tras la fatídica noche del 20 de julio. Presentaba una marcada tendencia a auto-agredirse, siendo ella misma único objeto de su violencia. Para evitar los profundos arañazos que se infligía por todo el cuerpo y, con más intensidad sobre su rostro, una enfermera se encargaba diariamente de limarle las uñas al máximo. Del mismo modo, dada su enfermiza tendencia a arrancarse el pelo, fue necesario privarla de lo que quedaba de su caracolada melena rubia rapándole la cabeza. Aquella persona no era más

que un leve reflejo de lo que había sido, delgada hasta reflejar casi a la perfección su anatomía ósea y con la mirada perdida.

- Está bien, lo volveremos a intentar mañana. Pero recuerda que si quieres algo me tienes a tu disposición las veinticuatro horas del día. Tú no deberías estar aquí Isabel, deberías volver a vivir.

El doctor Fernández pulsó el botón rojo situado a la derecha de su escritorio de bordes romos y acolchados. Acto seguido, entró al despacho una enfermera de aspecto fondón con mejillas sonrosadas y unas enormes gafas que cubrían casi al completo su fisonomía.

- Venga Isabel, vamos a pasear un rato por el jardín –dijo la enfermera Merceditas con una sonrisa de oreja a oreja a la par que la ayudaba a levantarse de aquel gran sillón en el que se encontraba acurrucada, en posición casi fetal, como intentando evocar esa protección que proporcionan las entrañas de una madre.

La paciente siguió los pasos de Merceditas como una autómatas y juntas atravesaron el edificio hasta alcanzar los amplios jardines de la parte trasera. Parecía que la paciente se sentía relajada deslizando sus pies desnudos sobre el césped y andando sin rumbo fijo, pero sin alejarse demasiado.

Debido a que aquella mañana habían sido programadas una serie de pruebas para detectar los posibles daños neurológicos que provocaban en Isabel tal comportamiento, la salida al jardín fue más temprano. Nada hizo sospechar, ni al doctor ni a la sanitaria, que aquel adelanto en el horario conllevaría un acontecimiento inesperado. A las 9,30 comenzaron, como diariamente, a funcionar los aspersores y miles de gotitas alcanzaron la silueta de Isabel. Ella quedó petrificada y comenzó a gritar sumida en un ataque de histeria. Calló al suelo golpeándose el cráneo con una de las bocas de los aspersores y permaneció allí, en su característica posición fetal y en estado de shock, hasta que un

grupo de enfermeros llegó para atenderla, suministrándole unos calmantes y llevándola a su habitación. Le fueron practicados cinco puntos de sutura en la frente.

Estuvo el día entero en la estancia acolchada sobre la cama, mirando a la pared y repitiendo una y otra vez: “Llovía hacia arriba, llovía hacia arriba,...”. Palabras que, en cierto modo, fueron motivo de alegría para el doctor Fernández ya que era lo único que había salido de la boca de Isabel desde que todo ocurriera y, según había podido averiguar, aquella noche, los aspersores del jardín estaban en funcionamiento.

A la mañana siguiente, cuando fue llevada de nuevo al despacho del doctor y este comenzó a hacerle una serie de preguntas acerca de lo sucedido, ella permaneció en el sillón de siempre, en la misma postura de cada día y mirando a ningún sitio como de costumbre. Pero la situación pareció haber empeorado cuando, al ir a atravesar el umbral hacia el jardín, Isabel frenó en seco negándose con la rigidez de su cuerpo a salir.

## CAPÍTULO II: TERAPIA DE CHOQUE

Según creía el doctor Fernández, y dado que las pruebas neurológicas no habían mostrado indicios de ningún tipo de lesión cerebral, Isabel se había sumido en aquel estado en un desesperado intento de evadirse de la realidad. Su subconsciente había borrado el suceso del 20 de julio, así como, al parecer su cordura, ante una incapacidad a hacerle frente. Pero de algún modo, ese día seguía presente en aquellas continuas agresiones físicas hacia su persona.

Se encontraba en la salita de su moderno ático en el centro de la ciudad, intentando averiguar el modo en que podía hacer que su paciente más desconcertante recuperase las ganas de retornar a la realidad. Tras cotejar varias posibilidades y consultar múltiples fuentes, finalmente decidió emplear una terapia de choque con su paciente.

Pasados unos días, Isabel y su mirada vacía, fueron llevadas al despacho de su médico psiquiatra.

- Buenos días Isabel –comenzó el doctor Fernández- ¿qué tal te encuentras hoy? Verás, he estado pensando en el modo en que podría ayudarte; se me ha ocurrido que cada semana voy a entregarte un objeto con el que pasarás la mayor parte de tu tiempo y acerca del cuál te iré haciendo una serie de preguntas. ¿Te parece bien? –Silencio por respuesta, y una nublada mirada que seguía sin mostrar nada.

El doctor se levantó de su asiento, atravesó aquel despacho en el que prácticamente no quedaba espacio de pared sin cubrir por estanterías repletas de libros y se dirigió hacia una caja situada en una mesita al otro extremo, introdujo su mano en la misma extrayendo algo para, a continuación, dirigirse en pos del sillón en el que estaba situada su paciente. Asió su mano y le entregó una corbata a rayas en distintos tonos de azul. Isabel tomó la prenda sin permitir que en el semblante de su rostro pudiera vislumbrarse un atisbo de interés. Incluso, pese a estar en su campo de visión, parecía como si más bien la atravesara con la mirada.

- Esta corbata te acompañará toda la semana. Si hay cualquier cosa que quieras contarme acerca de ella, lo que sea, díselo a Merceditas que yo, a cualquier hora del día o de la noche, vendré para escucharte.

Según comentó la madre de Isabel, a la que claramente se le rompía el alma en mil pedazos cada vez que veía el estado en que estaba su pequeña, aquella corbata, ahora convenientemente cosida para evitar un uso que atentara contra la salud de la paciente, fue el primer regalo que ésta hizo a su marido.

Los días de la semana fueron transcurriendo y pese a no haber causado reacción aparente, esta primera experiencia fue significativa ya que no se separó de la prenda ni un instante. Más aún importancia adquirió cuando, a la semana siguiente, le fue

entregada una corbata diferente perteneciente al doctor e Isabel la dejó olvidada nada más volver a su habitación.

### CAPÍTULO III: LA PELOTA

El objeto elegido la tercera semana de terapia fue una pelota gastada y menuda en cuya superficie aún podían distinguirse las siluetas de varios personajes Disney. Cuando el doctor Fernández mostró la pequeña esfera a Isabel, pudo observar cómo sus pupilas sufrían una leve dilatación. Acto seguido, estiró el brazo para ir a sujetarla, antes de que le hubiese sido ordenado cogerla.

No perdió de vista esta nueva posesión, pero su actuación con respecto a la misma fue distinta al modo en que trató a la corbata. Frente al modo en que había llevado incansablemente asida con una mano la prenda de vestir la primera semana, con la pelota presentaba dos conductas diferentes: cuando salía del dormitorio a pasear o a sus sesiones de preguntas con el médico psiquiatra, la mano derecha de Isabel portaba la pelota como tal juguete que era, contoneándola con el leve movimiento de sus dedos. Sin embargo, en su dormitorio, aquel juguete se tornaba en instrumento de la incesante interpretación de una escena en la que la paciente, decúbito supino sobre la cama y el brazo izquierdo tendido hacia el suelo, dejaba rodar la pelota hacia el otro extremo de la habitación, para luego levantarse a recogerla y volver a empezar.

En la mañana del jueves, la enfermera Merceditas acudió a la consulta del doctor Fernández antes de regresar a casa a descansar tras una noche de guardia. Su impaciencia por hablar con él hizo que ni siquiera llamara a la puerta de su despacho antes de entrar. Irrumpió como una manada de ñus alborotada por la presencia de su depredador, con la cara pálida y mostrando una mezcla entre satisfacción y temor. Según contó, durante la noche había oído hablar a Isabel en sueños. Decía una y otra

vez un nombre propio, “Sofía”, y tras una pausa, la frase “perdiste tu precioso lazo azul”.

Al caer la noche, el doctor Fernández no acudió a casa; permaneció en vela tras la puerta de su paciente con la esperanza de que esas palabras se repitieran. Efectivamente hubo suerte:

- Sofía, Sofía... ¡Oh no! Perdiste tu precioso lazo azul –y así varias veces a lo largo de toda la noche.

#### CAPÍTULO IV: SESIONES DE PINTURA

- Muy bien. Al parecer tu experiencia con la pelota ha hecho que tu mente comience a avanzar –dijo el doctor Fernández en la visita matinal del lunes de la cuarta semana.- He pensado que en lugar de darte otro objeto diferente, podríamos ponernos a dibujar. ¿Qué te parece si te doy unas ceras y papel y dibujas lo que se te ocurra? Puedes plasmar algo de lo que haces a lo largo del día, puedes pintar a tus amigos del centro, o, incluso tus sueños, ¿qué tal si intentas dibujar algo de lo que ves en tus sueños Isabel?

La enfermera Merceditas la llevó a la sala de recreo, donde otros tantos “huéspedes” del psiquiátrico de Santa Elena estaban pasando el rato. La hizo sentarse en una pequeña silla de respaldo alto frente a un escritorio y le entregó un paquete de folios en blanco junto a una caja de ceras blandas. Tras veintiún días desde que comenzara con la nueva terapia, Isabel empezaba a sentarse erguida. Parecía como si estuviera afianzándose, ganando confianza, pero aún mantenía la mirada en algún lugar lejos de la realidad.

Merceditas esparció las ceras sobre la mesa y preguntó a la paciente qué color prefería. Tal fue su sorpresa cuando, como movida por un automatismo inherente,

dirigió su mano derecha hacia las ceras de color negro y azul. Seguidamente, se puso a dibujar.

Tras tres horas sentada en aquel lugar, eran decenas los papeles sobre los que había trabajado sin parar. Hubo que ordenarle que se detuviera; por sí misma aparentemente no lo habría hecho. En todas las hojas se repetía el mismo esquema: un fondo negro sobre el que se adivinaba una especie de cinta azul ondulada.

### CAPÍTULO V: EL GRAN PASO HACIA ATRÁS

El doctor Fernández, sentado en el sillón de su despacho, aguardaba la llegada de la paciente mientras observaba uno a uno los dibujos que había realizado.

- Buenos días Isabel. ¿Sabes...? Tengo en mi mano los dibujos que hiciste ayer y me gustaría que intentaras explicármelos. En todos ellos representas lo mismo. ¿Es esto con lo que sueñas? ¿Qué es? –Comenzó el doctor, con la clara certeza de que no encontraría respuesta.

Tras aquel aciago día, la madre de Isabel se vio obligada a guardar todas las fotografías de su casa ya que despertaban en ella grandes ataques de histeria, de modo que el doctor Fernández había decidido no usarlas por miedo a un retraso en la terapia. Aún consideraba que no estaba preparada para enfrentarse a algo así, pero tras la experiencia con la pintura, tomó la decisión de dar un paso hacia adelante.

-¿Podría ser un lazo azul Isabel? ¿Un pequeño lazo azul? –Continuó el doctor- ¿Y por qué dibujas un lazo azul?

La paciente parecía comenzar a inquietarse. Aparentemente no estaba escuchando, si bien sus párpados empezaron a vibrar.

- Verás, yo tengo en mi cajón algo que quiero que veas. Lo recogió tu madre en la calle, frente a tu casa el 20 de julio –dijo el médico dirigiendo su mirada y su mano

hacia el cajón. Lo abrió y de él extrajo un lacito azul algo estropeado y sucio.- ¿A quién pertenece esto? –preguntó a la par que enseñaba el lazo a su paciente.

Isabel abrió los ojos en acto de incredulidad; ojos que al instante comenzaron a humedecerse. Su rostro tomó un aire de ternura; pero, a continuación el gesto cambió, como negándose a entender la situación. Se levantó violentamente de su sillón y empezó a gritar; quedó sumida en un fortísimo ataque de ansiedad. El doctor reaccionó acercándose a ella en un intento apacible de calmarla, obteniendo como resultado una ceja rota a consecuencia de un codazo que su paciente le propinó cuando intentaba sujetarla. Comenzó a golpearse con todo lo que encontraba a su paso: el sillón, la pared, el pomo de la puerta y finalmente el suelo, quedando semiinconsciente.

La enfermera Merceditas y otros refuerzos no tardaron ni un minuto en entrar en la habitación, pero para entonces eran múltiples los golpes que presentaba la paciente y numerosos los hematomas que más tarde marcaran su cuerpo y su rostro, además de una fractura múltiple de cúbito y radio, en el brazo izquierdo.

- Tengo que curarle esa ceja doctor, tiene un corte feo –dijo una enfermera.

- Atiéndanla a ella primero, lo necesita con más urgencia. Ha sido mi impaciencia la que ha puesto en peligro su integridad física. Sólo espero no haber tirado por la borda tanto trabajo, por su bien,... Y por el mío.

## CAPÍTULO VI: SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

Isabel fue llevada de inmediato a su habitación. Una vez volvió a recuperar la consciencia, tuvo que ser atada a la cama y sedada para controlar su nerviosismo. Después de aquel altercado, todos los avances que había experimentado se desvanecieron; volvió a convertirse en un ser sin voluntad. Su apetito, que había aumentado en los días anteriores, volvió a caer en picado. Apenas descansaba y seguía sin querer salir al jardín.

Durante varias semanas más, el psiquiatra continuó entregándole objetos muy cercanos a ella; objetos que no causaron efecto alguno. En esta ocasión parecía que el muro de hormigón que separaba a la paciente de la realidad se había recuperado e incluso reforzado. Ante tanto fracaso, llegó un momento en que el doctor Fernández se dio por vencido. Pensaba que su impaciencia por curar a aquella mujer podría haberle causado incluso más daño de lo que habría podido imaginar.

Las consultas doctor-paciente ahora eran diferentes. Ya no agobiaba a Isabel con preguntas que jamás tenían respuesta, más bien parecía que ahora el propio doctor era un familiar más que iba a visitarla. Comenzó a contarle lo que era su vida diariamente, el inmenso caos en el que su rutina se había visto sumida, lo mal que lo pasó aquel día en que su mujer le pidió la separación, las trabas que ésta ponía a la hora de ver a sus hijos,...

- Yo tengo dos hijos, ¿sabes Isabel...? Un chico y una chica de diez y once años. Los quiero más que a nada en el mundo y el no poder verles me mata por dentro. Actualmente mi vida es una autentica mierda. Sólo soy feliz cuando siento que estoy ayudando a alguien. Mi trabajo me gusta, es mi droga y lo único que me ayuda a seguir con mi lucha diaria. Es por ello por lo que cuando no consigo lo que pretendo con mis pacientes, me siento frustrado –decía aquel hombre de aspecto triste y cansado, cuya facción arrugada le hacía parecer mucho más viejo de lo que en realidad era –Algo parecido me pasó contigo. Tenía tanta confianza en tu fortaleza, en que saldrías adelante, que me precipité. Ya se que no debo esperar a que un día recobres la cordura de repente, pero no te miento, me gustaría que ocurriese ese milagro.

## CAPÍTULO VII: LA MADRE DE ISABEL

Como cada miércoles, la señora Claudia acudió a ver a su hija.

- Hola mi niña, ¿cómo te encuentras hoy? –Preguntó aguantándose el llanto como de costumbre- ¿Sabes? He estado hablando con el doctor, dice que te encuentra más calmada; pero aún no me recomienda llevarte a casa por miedo a que vuelvas a hacerte daño. –Permaneció en silencio unos minutos, como pensando en si continuar con lo que quería contarle o si cambiar de tema. Finalmente, decidió proseguir; pensaba que ya no tenía nada más que perder.- El domingo estuve en el cementerio, viendo a la pequeña Sofía... Le conté cómo estás, lo malita que te pusiste después de aquel día. Ojalá respondiese a mis preguntas y me dijese cómo puedo hacerte sentir mejor. Ella..., ella te quería muchísimo, y seguro que se pondría muy triste si te viera así... Quedan dos meses para el 20 de julio, ya ha pasado casi un año desde lo ocurrido... Yo tampoco me he encontrado bien –continuó hablando con dificultad a causa de ese nudo que le oprimía la garganta.- Finalmente decidí consultar a un especialista; se trata de una excelente psicóloga, me está ayudando mucho... ¡Ay hija! Ojalá todo volviese a ser como antes. Ojalá pudiese borrar ese día. Ojalá volviese a escuchar de tu boca la palabra...

- Mamá, ¿dónde están Sofía y Andrés?

La señora Claudia no podía creer lo que acababa de escuchar. Fue imposible para ella articular palabra. Dos enormes lágrimas acariciaron sus mejillas como preludeo del llanto de alivio que vino después. La flojera venció la escasa fuerza que albergaban sus piernas obligándola a arrodillarse. Permaneció unos minutos allí, llorando en el regazo de su hija, mientras ésta le acariciaba la nuca en un intento de calmar su lloro.

Cuando el doctor Fernández acudió a la sala de visitas le era casi imposible creer lo que estaba viendo. Aquel ser sin voluntad con el que había tratado desde hacía tanto tiempo ahora se encontraba intentando acallar el llanto de su madre. Más tarde andaría por sí misma sin necesidad de guía que ordenase su dirección, comería sin que otra

persona tuviera que alimentarla y emitiría sonidos que nada tenían que ver con gemidos o gritos; sus ojos volverían a brillar y su mirada de nuevo fijaría objetivos.

### CAPÍTULO VIII: SU VUELTA A LA REALIDAD

Había transcurrido una semana desde su sorprendente recuperación. El doctor Fernández la visitó mañana y tarde cada día con el fin de comprobar que no hubiesen quedado secuelas de lo ocurrido.

Se tomó con la mayor entereza posible la triste noticia, afirmando que aún no recordaba nítidamente aquel momento. Quiso recuperar todos los objetos pertenecientes a su hija Sofía y su marido Andrés. Y regresó al jardín para volver a sentir el sol sobre su rostro y la hierba húmeda bajo sus pies.

No quiso permanecer allí por más tiempo, de modo que solicitó el alta voluntaria, que le fue concedida bajo la condición de que dos veces por semana acudiese a visitar a su doctor.

El día 15 de Junio por fin estaba programada su vuelta a casa tras casi once largos meses de internamiento. Permaneció sola por última vez en su estancia acolchada. Se despojó de buena gana de aquel uniforme que la tachaba de loca y se puso la ropa cómoda que le había traído su madre. Dobló con cuidado aquella indumentaria blanca y la dejó sobre lo que aquel día dejaría de ser su lecho, quedando con ello atrás la paciente número 09345 de nombre Isabel Morán Callejas.

La madre de Isabel no consiguió disuadirla de volver directamente a su casa. Según dijo ella, prefería no postergar la vuelta a su anhelado hogar; necesitaba enfrentarse de una vez por todas a su realidad.

### CAPÍTULO IX: LA CARTA

La señora Claudia acudió como cada 20 de julio al cementerio a visitar a sus seres queridos. Situada frente a una de aquellas tres tumbas y con los ojos enrojecidos a

causa del llanto, sacó un papel doblado y arrugado del bolso. Volvió a leer la carta de nuevo intentando encontrar consuelo en aquellas palabras; un consuelo que nunca llegaba:

“Siento mucho haber hecho esto mamá, pero no podía continuar viviendo así. Hace dos semanas desperté en mitad de la noche sobresaltada y todo vino a mi mente como la peor de mis pesadillas. Desde aquella noche se repite una y otra vez en mi cabeza lo que hice. Recuerdo que íbamos en el coche, de vuelta de nuestras vacaciones en la playa. Yo estaba cansada pero nos encontrábamos a menos de un kilómetro de casa así que decidí no parar. La pequeña Sofía, impaciente por llegar a casa porque se estaba orinando, se había desabrochado el cinturón y estaba buscando su lacito azul preferido; al parecer, se le había caído del pelo. Andrés me comentaba las ganas que tenía de llegar para cenar algo. Ahí perdí la noción de todo, creo que pisé el acelerador y recuerdo que volví en mí al oír los gritos de Andrés pidiéndome que reaccionara. Creo que recorrimos unos doscientos metros a gran velocidad. Lo siguiente que recuerdo es que yo estaba sentada en el jardín de casa, empapada porque los aspersores ya habían comenzado a funcionar. El coche estaba empotrado sobre el roble de la acera y una rama bastante gruesa había atravesado el cristal delantero y creo que el pecho de mi marido. Dirigí la mirada hacia la parte trasera del vehículo y la puerta estaba abierta. Apareció el bracito izquierdo de mi pequeña que quedó colgando y la languidez de sus deditos dejó escapar su pelota favorita, que rodó por la calle unos metros, muy cerca de donde había ido a parar su precioso lazo azul.”

“Lo siento mucho mamá, pero es imposible para mí continuar viviendo sabiendo lo que hice. Sólo me sentiré feliz cuando pague por ello y vuelva a besar a mi pequeña. Te quiero mucho, recuérdalo siempre. ”

La madre de Isabel dobló de nuevo la carta, ya un poco amarillenta a causa del paso del tiempo, y la metió en el bolso, para volver a sacarla el 20 de julio del año siguiente.